

JOVELLANOS, GASPAR MELCHOR DE (1744-1811)

MEMORIA DEL CASTILLO DE BELLVER
(Descripción historico-artística)

Le moyen de ne pas méditer sur ce que l'on voit tous les jours!
—MADAME DE SÉVIGNÉ.

A cosa de media legua, y al oeste sudoeste de la ciudad de Palma, se ve descollar el castillo de Bellver, al cual nuestras desgracias pudieron dar alguna triste celebridad. Situado a medio tiro de cañón del mar, al norte de su orilla y a muchos pies de altura sobre su nivel, señorea y adorna todo el país circuyacente. Su forma es circular, y su cortina o muro exterior la marca exactamente; sólo es interrumpida por tres albaracas o torreones, mochos y redondos, que desde el sólido del muro se avanzan, mirando al este, al sur y al oeste, y le sirven como de traveses. Entre ellos hay cuatro garitones, circulares también, y arrojados del parapeto superior, los tres abiertos, y al raso de su altura otro cubierto y elevado sobre ella. Iguales en diámetro y altura hasta el nivel de la plataforma, empiezan allí a disminuir y formar un cono truncado y apoyado sobre cuatro columnas colosales, que, resaltadas del muro, los reciben en su collarín, y bajan después a sumirse en el ancho vientre del talús. Escóndese éste en el foso, y sube a toda su altura, formando con el muro del castillo un ángulo de cuarenta y cinco grados, y girando en torno de él y de sus torres. El foso, que lo abraza todo, es ancho y profundísimo, y sigue también la línea circular, salvo donde los cubos o albaracas le obligan a desviarse y tomar la de su proyectura. En lo alto, y por fuera del foso, corre la explanada, con débiles parapetos, ancha y espaciosa, pero sin declives, y siguiendo siempre la forma y líneas que el foso le prescribe.

A la parte que mira al oeste, sale y se avanza del centro de la explanada un antiguo y débil baluarte, desde el cual hasta el puente levadizo se ve reforzado el muro exterior con una fuerte batería de nueve cañones, levantada en él en el siglo anterior, a la moderna, para oponer a los fuegos que pudieran colocarse en las alturas vecinas. En torno del mismo muro corre por defuera un estrecho contrafoso, de forma y fondo irregular, y a todo rodea una buena estacada, con su camino cubierto y glasis, añadidos también a la moderna.

Éntrase de la estacada al castillo por una puerta que mira al norte. Pásase luego por el puente levadizo, echado sobre el contrafoso, a otra que mira al norte nordeste, y comunica con la explanada, desde la cual, por otro puente, antes levadizo y hoy firme, con sus ladroneras en lo alto y dobles puertas, a la antigua, abajo, se pasa sobre el foso por frente del oeste noroeste al interior de la fortaleza, única entrada, pues que otro puente que había a la parte del sur no existe ya.

Mirando al norte, y entre los dos puentes, se levanta desde el fondo del foso, y aislada por él, la gran torre del homenaje, que, venciendo la altura del castillo, descuella orgullosa más de cuarenta y cinco pies sobre su plataforma. Es también circular, y su cima se ve ceñida en torno de treinta y ocho grandes modillones almohadillados, que naciendo del

muro con tres pies de alto y dos y medio de proyectura superior, se avanzan en forma de tornapuntas a recibir el antepecho, volado en la cumbre, y la coronan majestuosamente, mientras que los claros entre unos y otros sirven de ladroneras y dejan espacio suficiente para los usos de la defensa. Este edificio aislado comunicaba en lo antiguo con la explanada por un puente levadizo, ya demolido hoy sólo comunica con la plataforma por medio de otro puentecillo, firme ya, pero que fue y puede volver a ser levadizo, echado desde ella sobre dos altísimos arcos punteados, que nacen y tienen su apoyo del uno al otro muro.

El interior de la fortaleza se compone de un muro medianero, y fuera de él una galería, circulares y concéntricos al muro exterior. Entre los dos muros están las habitaciones; entre el medianero y la arcada alta, el corredor o galería abierta que da paso a ellas. En el centro, y rodeado por la arcada inferior, el patio, circular y espacioso. Este patio cubre el aljibe, y sirve a su uso por medio de un gran brocal cuadrado y bien labrado, que está cerca de su centro. La belleza del todo es grande y digna de ser más conocida.

Lo primero que admira en su interior es la osa día de las bóvedas que cubren las habitaciones. Volteadas en torno entre muros circulares y concéntricos, y sostenidas en grandes, pero estrechas y muy resaltadas fajas octógonas, que representan arcos encontrados y cruzados en lo alto, es visto de cuán gracioso y extraño efecto serán. Lo más notable de ellas es el arte con que el arquitecto escondió su verdadera solidez, porque de una parte representó estas bóvedas sólo apoyadas en débiles fajas, y por otra no dio más apoyo a éstas que el de unas impostitas en forma de repisas o peanas, voladas al aire de trecho en trecho como a un tercio de altura de la pared interior. A estas peanas viene a morir, y al mismo tiempo de ellas nace y arranca aquella muchedumbre de arcos, porque agrupados de tres en tres, y confundidos en uno, se van poco a poco levantando desde su raíz y abriéndose y desplegándose de un lado al otro hasta cruzarse en el cénit de las bóvedas, para caer después, cerrando y reuniéndose hasta identificarlo sobre las repisas fronteras. Así es como el artista quiso representar estas bóvedas péndulas en el aire, y es fácil concebir cuán extraña y graciosa será su apariencia, y cuánto gusto y pericia supone la simétrica degradación de estos arcos, que, enlazándose por todas partes y en todos sentidos entre tan desiguales muros, producen la más elegante y caprichosa forma.

Las bóvedas de la galería alta siguen la misma degradación en proporciones más reducidas, pero más notables aún; porque el arquitecto, constante siempre en su idea, en vez de apoyar sus fajas trinitarias, como pudo, sobre las columnas, haciéndolas morir en el frente que les presentaban sus capiteles, las dejó también péndulas sobre impostitas o peanas arrojadas al vano desde la espalda de las segundas dovelas de los arcos, a igual altura del muro medianero, y de este modo completó el caprichoso designio de agradar con la hermosura y sorprender con la osadía y aparente ligereza de su obra.

Esta galería se compone de veintiún grandes arcos punteados, o más bien de cuarenta y dos pies, que cada uno de los principales contiene dos embebidos en su luz. Otras tantas, por consiguiente, son sus columnas, todas ellas octógonas; y así las bases que las reciben como los capiteles que las coronan, y aun las plumas de los adornos de éstos, que ofrecen algún vislumbre del tiempo corintio, y en fin, hasta las dovelas de los arcos siguen

exactamente los cortes de sus ángulos y presentan las mismas faces. Esta igualdad simétrica, que es de muy gracioso efecto a la vista, la roban las pequeñas pero esenciales diferencias que hay en los módulos de unas y otras columnas y en las formas de sus miembros. La más visible de ellas está en los plintos, que en las intermedias son octágonos y en las principales cuadrados, pero cubiertos de un cojín o almohadilla, cuyas puntas caen en uña y cortan graciosamente sus ángulos. Cada tres columnas sostienen un arco doble, o sean los dos embebidos en él, y colocadas todas a iguales distancias, vienen a serlo también las luces de unos y otros arcos. Y como todos se vayan enlazando entre sí, y las enjutas de los arcos pequeños estén perforadas con sencillo y gracioso dibujo arabesco, y el todo diligentemente labrado y escodado en la buena piedra de Santañi, que es de bello color y finísimo grano, visto es cuán magnífica y armoniosa será esta galería, que casi se halla en su primera integridad.

La arcada descansa sobre un firme antepecho corrido en torno, y le sirve de embasamento, al mismo tiempo que corona al cuerpo inferior en que se apoya, y sobre el cual arroja una graciosa cornisita arquitrabada. Este cuerpo es otra galería de arcos redondos, cuya luz corresponde a la de los grandes o dobles de lo alto, y son por lo mismo veintiuno. Fuertes columnas o pilastres cuadrados, aunque cortados los vivos de sus ángulos, los sostienen, y cierran en derredor el patio por do se entra de ella a las cuadras, en que la tropa se aloja. El techo de éstas y de la galería es plano y de madera, única tacha de obra tan laudable y magnífica.

Desde el patio a la galería alta se subía por tres cómodas escaleras que descansan en las puertas de la capilla, de la principal de las habitaciones y de la cocina, y esta última, condenadas las otras, sirve solamente en el día. De aquí se sube a la plataforma por dos caracoles circulares y una escalera en escuadra, que desembocan en ella. Un antepecho corrido la defiende al exterior, y otros dos más bajos, el uno su orilla interior y el otro divide en dos partes su plano. Este embaldosado, en imperceptible declivio hacia el centro, y bien embetunado, sirve para recoger y abastecer de agua-lluvia la gran cisterna que, como dijimos, se esconde en el vientre del patio, y que la traga por conductos que penetran el sólido del muro medianero. Y como los terrados de las albacaras vierten también por canalones a la misma plataforma, y el del homenaje por su particular conducto, de tal manera se aumenta esta provisión, que por muchos que se supongan los defensores del castillo y largo el plazo de su asedio, jamás, si bien cuidado, faltará agua en este aljibe.

A la torre del homenaje se pasa desde la plataforma por el ya mencionado puentecillo, y ya dentro de ella, se sube y baja por otro caracol, que va dando entrada a sus cámaras. Son éstas cinco, y todas circulares; dos sobre el plano del puentecillo, y tres que bajan hasta el del foso. Nada aparece en ellas que no indique haberse dispuesto más bien para cárcel que para habitación. Muros robustísimos, puertas barreadas con fuertes trancones y cerrojos, ventanas altas, estrechas y guarnecidas de gruesas rejas de hierro, y otras defensas, que la codicia arrancó ya, pero cuyas huellas no pudo borrar, acreditan aquel triste destino. Pero descúbrese aún más de lleno en la cámara inferior, llamada la Hoya, y no sin mucha propiedad, pues que más propia parece para fuesa de muertos que para custodia de vivos. Ocupa en ancho el espacio interior de la torre, y en alto la parte más

honda de la cava, que está rodeada por el talús, sin otra luz que la que puede darle una estrechísima saetera al través de aquellos hondos, dobles y espesísimos muros. Tampoco tiene otra entrada que una tronera redonda, abierta en lo alto de la bóveda, y cubierta de una gruesa tapadora, que, según indicios, era también de fierro, con sus barras y candados. Por esta negra boca debía entrar, o más bien caer, desde la cámara superior, en tan horrenda mazmorra el infeliz destinado a respirar su fétido ambiente, si ya no es que le descolgaban pendiente de las mismas cadenas que empezaban a oprimir sus miembros. El ánimo se horroriza al aspecto de esta tumba de vivos, y si de una parte reconoce que no hay crimen a que no pueda llegar en su heroísmo la perversidad de algunos hombres, de otra no puede menos de admirar que sean muchos más los que han aspirado a la excelencia en el arte horrible de atormentar a sus semejantes.

Algo distrae de tan tristes reflexiones la idea de otros objetos que tuvo en algún tiempo este castillo, pues se dice haberse destinado para palacio de los reyes de Mallorca, y aun se añade que en él vivió y murió no sé qué persona real. Esto último parece una patraña, desmentida por la historia; pero la elegancia interior de la obra, y la distribución de sus magníficas habitaciones, que no desdicen de aquel noble destino, confirman lo primero. Puede probarlo también la grande y hermosa capilla, dedicada a San Marcos, su patrono, y otras tantas oficinas del interior, y en fin, el que entre tantas obras grandes como se emprendieron en Palma después de la conquista, no se halla otra que parezca destinada a la morada de sus reyes.

¿Quién, pues, se detendrá un poco a contemplarla en aquellos antiguos destinos, que transportado en espíritu a tan remota época, y recordando el carácter y costumbres que la distinguían, no se halle sorprendido por las ideas y sentimientos que su misma forma presenta al hombre pensador? Porque figúrese usted este castillo cercado de un ejército enemigo, embarazado con armas y máquinas, y lleno de caballeros, escuderos y peones ocupados en su defensa. ¿Qué, no tropezará usted con ellos en todas partes, subiendo, bajando, corriendo y haciendo resonar en tomo de estas huecas bóvedas la estrepitosa vocería del combate? ¿Y no le parecerá que ve a unos jugando desde los muros y torres sus armas o máquinas, o asestando sus tiros al abrigo de las troneras y saeteras, y otros en la barrera exterior, presentando sus pechos al enemigo, mientras los más distinguidos defienden el pendón real que sobre el alto homenaje tremola al viento los blasones de Mallorca? Pues y los sitiadores, ¿cómo no figurárselos arremolinados por la cima del cerro, lanzando desde sus tornos, algarradas y manganillas un diluvio de dardos y piedras sobre los sitiados, o bien apiñados en derredor de los muros y barreras, lidiando y pugnando por vencerlos? Y con tal conflicto, ¿quién no se horrorizará al contemplar la saña con que unos y otros harían subir hasta el cielo su rabioso alarido, y con que, llenos de sudor y fatiga y cubiertos de polvo y sangre, se obstinaban todavía en el horrendo ministerio de recibir o dar la muerte?

Pero en otro tiempo y situación, ¡cuán diferentes escenas no presentarían estos salones, hoy dismantelados, solitarios y silenciosos! ¡Cuál sería de ver a los próceres mallorquines cuando, después de haber lidiado en el campo de batalla o en liza del torneo a los ojos de su príncipe, venían a recibir de su boca y de sus brazos la recompensa de su valor! Y si la presencia de las damas realzaba el precio de esta recompensa, ¡qué nuevo

entusiasmo no les inspiraría, y cuánto al mismo tiempo no hincharía el corazón de los escuderos y donceles, preparándolos para estas nobles fatigas, bien premiadas entonces con sólo una sonrisa de la belleza! ¡Y qué si los consideramos cuando en medio de sus príncipes y sus damas, cubiertos, no ya del morrión y coraza, sino de galas y plumas, se abandonaban enteramente al regocijo y al descanso, y pasaban en festines y banquetes, juegos y saraos las rápidas y ociosas horas! El espíritu no puede representarse sin admiración aquellas asambleas, menos brillantes acaso, pero más interesantes y nobles que nuestros modernos bailes y fiestas, pues que allí, en medio de la mayor alegría, reinaban el orden, la unión y el honesto decoro; la discreta cortesanía templaba siempre el orgullo del poder, y la fiereza del valor era amansada por la tierna y circunspecta galantería.

Tales ideas, o si usted quiere, ilusiones, se ofrecen frecuentemente a mi imaginación, y la hieren con tanta más viveza cuanto se refieren a objetos que no sólo pudieron verse, sino que probablemente se vieron en este castillo; porque ha de saber usted que a fines del siglo XIV le habitaron don Juan I y doña Violante de Aragón (2), aquellos príncipes tan agriamente censurados por su afición a la danza, la caza y la poesía, y por la brillante galantería que introdujeron en su corte. Mallorca los recibió con extraordinaria generosidad, y no hubo demostración, fiesta o regocijo que no hiciese para linsonjear sus aficiones; pero Bellver, donde fijaron su residencia, fue el principal teatro de estos pasatiempos. ¿Quién, pues, recordando aquella época, en medio de estos salones, cuya gallarda arquitectura armoniza tan admirablemente con tales destinos, no se detendrá a meditar sobre lo que en otro tiempo pasaba en ellos? De mí sé decir que a veces me representan tan al vivo aquellas fiestas, que creo hallarme en ellas; y siguiendo la voz y los pasos de sus concurrentes, admiro la enorme diferencia que el curso de pocos siglos puso entre las ideas y costumbres de aquel tiempo y del nuestro. Ya me figuro a una parte a los ancianos caballeros, tan venerables por sus canas como por las cicatrices ganadas en la guerra, hablando de las batallas arrancadas y peligrosos *fechos de armas* de un buen tiempo pasado, mientras que ahora los vigorosos paladines tratan sólo de justas y torneos, encuentros y botes de lanza, despreciando en el seno mismo de la paz la fatiga y la muerte. A veces creo ver a unos y otros mezclados con los donceles y caballeros noveles que en la mañana de su vida adornaban ya las gracias de su edad con el respeto a los mayores; y entonces así admiro la reverente atención con que estos mozos sabían oír y callar, como el celo con que los viejos desenvolvían ante ellos cuanto una larga experiencia les enseñara en los duros ejercicios de la guerra y la caza. Si se trataba de la primera, marchas, correrías, peleas, cercos, asaltos de plazas eran materia de sus conversaciones; si de la segunda, alanos y sabuesos, osos y jabalíes, garzas y gerifaltes la llenaban. Duros encuentros en la guerra, estrechos lances de montería y cetrería era su delicia en la paz, sin que por eso se desdeñasen de hablarles alguna vez de armas y caballos, lorigas y cimbras, adornos y paramentos militares, para temporizar con su edad y aficionarlos más y más a estos ejercicios. Tales eran sus conversaciones, tales los gustos de una nobleza que formaba la primera milicia y era el más robusto apoyo del Estado; y yo no puedo recordarlos sin admirar una época en que hasta las diversiones y pasatiempos la instruían y preparaban para llenar los altos fines de su institución.

¿Y cuál no sería en ella el influjo del amor en las costumbres públicas, cuando la hermosura le desdeñaba si las marciales gracias del valor no le ennoblecían? Figúrese usted por un rato el coro de la juventud militar, reunido al de las graves matronas y modestas damiselas, sólo accesibles al trato en semejantes concurrencias.

No crea usted, no, que su conversación versaba sobre brocados y cintas, airones y tocados, o adornos mujeriles, sino sobre los varoniles ejercicios de la liza y la caza; y si alguna vez se desviaba hacia la parte más agradable de ellos, era para fijar con sus decisiones el gusto de las sobrevistas y plumajes, y la agudeza de las divisas y empresas amorosas de los caballeros. Jueces de la gallardía y del gusto, jamás negaban su aprecio al valor discreto, y en sus danzas y banquetes, en sus cacerías y deportes privados, para él reservaban el agrado y la dulce sonrisa, mientras su ceño y desvíos arredraban al necio orgullo y a la flaca cobardía, y los escarmentaban.

Así es como a vista de estas paredes nacen una de otra mil agradables ilusiones, que fuera molesto referir; pero no quiero callar una, que en cierto modo pertenece a la historia del castillo, y que tampoco desagradará a usted, para quien sólo escribo. Por otra parte, ¿no sería muy árida y enojosa su descripción, si detenido yo en las formas de sus piedras, desechase las reflexiones que despiertan, privando a usted y privándome a mí del placer con que se recuerdan tan respetables memorias?

Es bien sabido que en la época de que hablamos, la judicatura del ingenio estaba reservada a las damas, como la del valor, y que la literatura de entonces se reducía casi a la poesía provenzal, especialmente en la corte de Aragón, en cuyo molde fue vaciada la de Mallorca. Esta poesía, que había nacido en Cataluña, y pasado de allí al país cuyo nombre tomó, era todo erótica, y toda consagrada al bello sexo, cuyos amores y celos, favores y desdenes, constancia y perfidias, daban materia a todos sus poemas. ¿Y quién ignora que las leyes del ingenio se tenían entonces en los consistorios o cortes de amor, donde las damas presidían y juzgaban, ni que a esta diversión fueron sobremanera aficionados los soberanos que residieron aquí en 1394? ¿Será, pues, creíble que en un país do esta poesía era de tan antiguo cultivada, y en una temporada que se dio toda a fiestas y alegrías, no se hubiese celebrado un consistorio para poner a prueba los ingenios de Aragón y Mallorca? ¡Oh, y cuán brillante y discreta asamblea no presentarían bajo de estos bóvedas, el rey cercado de sus grandes y barones, la reina presidiendo en medio de las damas aragonesas y palmesanas, y los nobles trovadores de Aragón, Cataluña y Mallorca, recitando o cantando entre ellas a competencia sus tensones y serventesias, trovos y decires, para obtener de su mano la violeta de oro, premio del vencedor! Y aun acabado tan solemne acto, ¿qué sería oírlos cantar al son del arpa o del laúd sus lais y viroláis, para deporte de las mismas damas, o bien hacerlos tañer y cantar por sus juglares y menestriles, mientras que las acompañaban en las danzas y zarabandas de sus saraos, esperando siempre de sus labios la recompensa de su ingenio? Y pensando en esto, ¿será posible no sentir alguna parte del entusiasmo que tales asambleas inspiraban?

Bien sé que al compararlas con las nuestras, el gusto melindroso y liviano que reina en ellas las tachará de groseras y bárbaras; pero ¿será con razón? Es innegable que los progresos hechos en las ciencias y en el gusto, y su aplicación a la milicia, las artes y el

trato civil, han mejorado la táctica, la literatura, la industria, y aun dado a la moderna galantería un carácter tanto menos fiero cuanto más pulido; pero compárense los tiempos a las costumbres, y búsquese a esta luz el influjo moral y político de unas y otras fiestas. El paralelo no será ventajoso para nosotros. Aquellos usos, de que hoy nos mofamos, hacían de los caballeros discretos poetas, de los poetas esforzados paladines, y de las damas jueces capaces de calificar el valor y el ingenio de unos y otros. ¿No se educaron en ellos los Moncadas y Torrellas, gloria de Aragón; los Rocaforts y Montaneros, terror del Oriente, y los Vidales y Mataplanas, delicia de Europa? ¿No se educaron las Beatrices y Fanetas, musas de Aragón y Provenza, que al mismo tiempo que animaba las danzas y endulzaban las liras de sus próceres, formaban el corazón y el espíritu de sus damiselas? ¿Y a qué otra escuela se debieron los encantos de la bella Laura, la Safo de su edad, y aquel su amor puro y celestial, que sacó de la lira de Petrarca los sublimes suspiros que todavía respiran en las almas sensibles?

¿Y podremos atribuir algo de semejante a nuestras tertulias, a nuestras fiestas de sociedad, y (si queda alguna cosa a que cuadre este nombre) a nuestra moderna galantería? ¿Citaremos algún despechado y tenebroso desafío, alguna llorona elegía, alguna muelle y torpe cantinela? Respondan por mí los intrépidos militares y los insignes poetas, que por nuestra dicha no se acabaron, y digan si tienen que agradecer alguna parte de su valor o de su estro al trato público o privado de nuestras damas.

Pero el tiempo, que disipó aquellos objetos, va consumiendo ahora con diente roedor hasta las duras piedras de este edificio, cuya decadencia ofrece al observador otras reflexiones de muy diferente naturaleza. Una de ellas, poco atendida, por más que otros edificios la presenten, es que mirado por la parte del norte, no sólo aparece en su primera integridad, sino que sus muros, endurecidos por los vientos fríos y secos que soplan desde el nordeste al noroeste, se ven entapizados de una costra de musgo tenacísimo, cuyas escamas blanquecinas, jaldes, grises y negras anuncian, como las hierras en los viejos robles, su venerable, pero fresca y robusta ancianidad. Por el contrario, a la parte opuesta los vientos y lluvias australes, que frecuentemente le azotan, atacando el gluten y desuniendo el grano de la piedra, abren paso a los ardientes rayos del sol, que mientras corre de oriente a poniente, penetran hasta las entrañas de sus sillares, y los corroen y deshacen, y graban en ellos la marca de su flaca decrepitud. Pero ¿acaso la naturaleza, confiando al observador el secreto de sus operaciones, no le avisa también para que se instruya y oponga a sus estragos? ¿Y por qué no se aprovechará de esta lección la arquitectura? ¿No podría, ayudada de la mineralogía, hallar materias o preparaciones que resistiesen al influjo de los fluidos de vastadores que vienen de aquella plaga? Y si lograrse vencerla, ¿la duración de sus bellezas no iría a la par con el deseo de los artistas y de los poderosos, que trabajan para la eternidad?

Con todo, la verdadera flaqueza de esta obra no se esconde a la observación de su interior. Él dice que los muros van poco a poco perdiendo su aplomo, pues se los ve acá y allá desprendidos, y aun separados del labio de las bóvedas, sin duda, a lo que yo juzgo, a efecto del empuje de los garitones, que volados en lo más alto del muro, luchan continuamente contra su nivel, a pesar del robusto, pero mal entendido apoyo que les fue dado. Y si a esto se añade el lento estrago que van haciendo en las bóvedas las aguas

trascoladas desde la plataforma, que ya gotean en abundancia sobre las habitaciones y galerías, y las filtradas del aljibe, que atacan sus cimientos, fácil es de inferir que el hado de ruina y mortalidad viene con paso acelerado sobre esta fortaleza.

Por otros medios menos perceptibles concurre también la naturaleza al mismo fin. El gran número de gorriones, vencejos, pinzones, trigueros y otros pajarillos, que antes subían del bosque a revolotear o pasearse en las torres y antepechos, socavan continuamente sus grietas, para abrir en ellas sus nidos y hacer sus crías. Hoy, a la verdad, van a menos por la causa que diré después; pero probablemente no le abandonarán las aves de rapiña y mal agüero, que también anidan y moran en los hondos mechinales y anchas aberturas de las torres, que cada día ahondan y aumentan; entre ellas se distinguen el buho y la lechuza, cuyos tristes ecos hacen en esta soledad más medroso el silencio de la noche. Cría también aquí una especie de pequeño azor, llamado en el país *churriquer*, de tan extraña condición, que así persigue a las aves inocentes y pacíficas, como a las malignas y guerreras de su raza, y tan valiente, que ataca a vencer en la lucha a los más poderosos gavilanes. Pero el interior del castillo es todavía más fecundo, especialmente en aquellos insectos y sabandijas a cuya multiplicación concurre la vejez de las obras, a una con su desaliño y abandono. Mientras que los ratones y ratas de enorme tamaño y las comadreja y garduñas, sus perseguidoras, que crían en los fosos y conductos, le miman continuamente por los cimientos, una especie de lagartija muy numerosa, que se abriga en sus muros, trepa por ellos a todas horas, deshace el mortero que fija los sillares, y se introduce por las habitaciones; es más corta, más ancha y menos vivaracha que las que conocemos por allá; pero no menos inocente, aunque distinguida en esta isla con el horrible nombre de *dragó*. No sé si puedo aplicar este dictado al escorpión; pero sí que no es raro hallarle en el interior de los cuartos más aseados, sin que yo sepa que hasta ahora haya ofendido a ninguno de sus moradores.

Pero si usted cuenta que en esta fortaleza, fuera de algunas piezas, aseadas por los que hoy las ocupan, nada se repara, se cuida, se barre ni se limpia, no extrañará que sea mucho mayor en ella la abundancia de aquellos insectos que acompañan la inmundicia y la castigan, sobre todo en las cuadras de la pobre tropa. Por grande que sea la afición de usted a la historia natural, bien me disimulará que pase en silencio la larga nomenclatura de esta parte asquerosa del reino animal bellévico; pero al mismo tiempo gustará de tener noticia de dos insectos que hay aquí, y que no he visto en otra parte: el uno es una especie de escarabajo, hartamente hermoso; tiene la forma y tamaño de un grillo, aunque un poquito más largo, y es muy notable por el brillante color de sus alas, barnizadas de oro y carmín. Críase, a lo que creo, en el foso; pero se ve alguna vez en las habitaciones altas, y aunque he procurado conservar dos, no lo pude lograr por ignorar el método. El otro es una mosca, o más bien mariposa fosfórica, que se ve por las noches de verano; tendrá como media pulgada de largo, sobre dos líneas de ancho, en la cabeza una escama o Conchita blanca, que la cubre toda a manera de toca; por bajo de ella salen dos alas tan largas, que plegadas una sobre otra, cubren casi el resto de su cuerpo, y son espesas y de color pardo; de forma que cuando está en reposo, y mirada por las alas, presenta la forma de una monja. Bajo de éstas tiene otras dos alitas blanquecinas, muy delgadas y transparentes, que sólo desenvuelve un rato antes de elevarse; su vuelo es corto, circular, siempre de abajo arriba, y volviendo casi al punto de donde partió. El cuerpo tiene la

figura de un gusano, y de la parte inferior y extrema de él lanza una luz amarillenta, pero tan viva, que se percibe aunque no sea en plena oscuridad, y que pues aparece y desaparece por intervalos, y especialmente si la tocan, es de creer que usa de ella a su arbitrio. Esta mosca ama mucho la luz, como las demás mariposas nocturnas, pero con harta más cordura, pues que la galantea sin morirle por ella. Con esto, si usted quiere bautizarla, con tan buena razón la podrá dar el nombre de monjita como el de coqueta.

El reino vegetal que produce el castillo, si no más fecundo, es más vario y notable, y concurre así a acelerar su decadencia, como a hacer más agradable y pintoresca su vista. Sin contar las varias especies de liquen o musgo que cubren sus paredes, ni las yerbas y plantas que nacen libremente en su explanada y fosos, las torres, los muros, la plataforma y hasta las bóvedas interiores producen otras muchas. La bella y pomposa alcaparra, llamada aquí *tápara*, con sus grandes flores blancas y sus estambres violados, de entre los cuales se levanta erguido el verde pie de su fruto; la parietaria, el hinojo marino, y los alhelíes, blanco y carmesí, son los más comunes, asoman en todas partes por las hendiduras de los sillares del muro y le entapizan; pero además se ve gran número de otras plantas, ya coronando los antepechos, y ya brotando en la plataforma. En sólo el plano de ésta he distinguido yo el llantero, la *stella maris*, la melera, la granza o rubia, una especie de gamón juncoso, el euforbio, la pimpinela, el geranio, la verbena, el talasparviense, el erisimón, la *bursa pastoris*, la saxífraga y hasta el venenoso hyoscíamo, sin otros, que no cuento por muy comunes o por ignorar sus nombres.

¿Y qué juzgará usted si le digo que fuera de las parietarias y cerrajas (aquí *lletsons*), que nacen por las paredes interiores de la galería alta, su bóveda misma presenta el rarísimo fenómeno de dos higueras inversas, una pequeña y otra grande, que escondiendo su raíz entre las claves, crecen perpendicularmente hacia abajo? La mayor de ellas extiende sus ramas hasta tres y más varas de largo, formando una gran copa, y las de entrambas se cubren a su tiempo de muy grandes y lozanas hojas, aunque sin dar fruto. ¿No diría usted que el supremo Autor de la naturaleza se complació en alterar aquí el influjo de sus leyes ordinarias, para ofrecer en producción tan extraña, materia de curiosa y entretenida contemplación a los infelices que por sus altos decretos hubiesen de morar algún día en esta triste soledad? El temor de que semejantes plantas dañasen a la bóveda ha hecho cortar más de una vez estas higueras; pero ellas renacen luego, y de nuevo brotan con mayor fuerza; y tanto es el poder vegetal de su raíz, que viva siempre y firmemente agarrada al corazón de los sillares, parece que se obstina en acelerar su ruina para su libertad y sobrevivir a ella.

Considerado este castillo en su primera época, y cuando no conocida aún la moderna tormentaria, sólo podía ser combatido con arietes y catapultas, su fuerza era de las más respetables de aquel tiempo, así por su áspera y eminente situación, como por la solidez de sus muros y defensas, altura y robustez de sus torres, y anchura y profundidad de sus cavas. Hoy mal apenas pudiera resistir media hora a una batería de veinticuatro, obrando de los cerros que la dominan al oeste noroeste. Contra este inconveniente se ejecutaron las obras modernas, de que ya di a usted razón. Si las merecía o no, otros lo juzgarán; bástame a mí reflexionar, con respecto a mi objeto, que, pues, existe aún este precioso monumento, será lástima que una mano diestra no extienda por medio del dibujo y el

grabado su noticia, preservándole de la ruina que amenaza, no sólo a sus piedras, sino también a su memoria. Yo lo he procurado, haciendo formar un bosquejo de su planta y alzada, que aunque imperfecto, servirá para dar a usted y conservar alguna idea de sus ya afeadas bellezas.

Quisiera también, para completar la parte histórica de esta descripción, dar a usted noticia del año en que empezó a construirse el castillo y del arquitecto que le construyó; pero las más exquisitas diligencias no han bastado para descubrirlos. El vulgo le cree obra de moros, como a todas las que se alejan un poco de su limitado conocimiento. Los historiadores de Mallorca lo atribuyen a su rey don Jaime el Segundo, y dicen que le destinó también para habitación de sus sucesores; pero sin otro apoyo que el de la tradición. Acerca de esto voy yo recogiendo algunas noticias y reuniendo varias conjeturas, que a usted no serán desagradables. Mas como no sea fácil exponerlas sin entrar en discusiones tal vez prolijas, las reservo para las notas, que la necesidad de ilustrar otros puntos hace necesarias. Entre tanto puede usted contar de seguro que el año de 1309 estaba concluido este castillo, y que por lo menos tiene ya cinco siglos de edad. Pero ¿qué son cinco siglos en comparación de los que recuerda al espíritu este venerable monumento? Construido todo, salvo el exterior de la galería alta, de una especie de asperón llamado aquí *marés*, sus sillares se ven rellenos de pedrezuelas rodadas de diferentes tamaños y colores, ya confusamente agrupadas, ya sembradas y sueltas por su masa arenosa. Ahora bien, estas pedrezuelas fueron en algún tiempo desprendidas de las altas montañas de la isla, o bien de algún continente más distante, pues que su pasta y colores son harto varios; fueron después rodadas y arrastradas por las aguas, privadas de sus ángulos y asperidades y depositadas en este cerro cuando era todavía arrenal o playa de arena suelta. Esta arena al fin, endurecida y petrificada por la acción de algún gluten o fluido, se hubo de convertir en asperón, envolviéndola en su seno; conjetura que es tanto más probable, cuanto así los sillares como la matriz de la cantera en que fueron cortados, envuelven también algunas conchas y mariscos, indicios de haber estado cubiertos del mar. Añada usted que estas conchas se hallan en lechos no muy espesos, pero muy extendidos en la misma cima del cerro, que se ven algunas por sus laderas, y que se descubren incrustadas en la roca y en las alturas y lugares adyacentes hasta un cuarto de legua de distancia. Añada también que son de las que llaman bivalvas y longitudinales, tan grandes que tienen desde una tercia hasta media vara de largo, y por último, que de ellas, según me han informado, no se halla hoy ninguna viva ni muerta en la vecina playa. Y he aquí cómo el espíritu, a vista de semejante fenómeno, no puede menos de transportarse hasta los tiempos del diluvio por lo menos; esto es, a más de cuarenta siglos antes que se levantara este hoy anciano y decrepito castillo. ¡Así es como la naturaleza, obediente a las leyes que le dictó su divino Hacedor, volviendo y revolviendo, cambiando y desfigurando la faz de nuestro pequeño planeta, le renueva y conserva; mientras que las deleznales generaciones de los hombres, arrastradas en la impetuosa corriente del tiempo, se van sucediendo atropelladamente, y desaparecen y caen con todos sus monumentos en el abismo insondable de la eternidad!

Pero ya es tiempo de salir de este castillo para recorrer sus contornos y dar a usted más cabal idea de su situación, la cual es por todas partes áspera, fragosa y de difícil acceso, salvo hacia el oeste, donde presenta un poco de terreno algo llano y tratable. Su altura es

tal, que apenas hay punto ni rincón en toda la escena que domina, por bajo y distante que sea, que no le descubra, y como su forma sea tan antigua y extraña, no se puede mirar de parte alguna sin que hiera fuertemente la imaginación y despierte en ella las ideas más caprichosas. Alguna vez, al volver de mis paseos solitarios, mirándole, a la dudosa luz del crepúsculo, cortar el altísimo horizonte, se me figura ver un castillo encantado, salido de repente de las entrañas de la tierra, tal como aquellos que la vehemente imaginación de Ariosto hacía salir de un soplo del seno de los montes para prisión de algún malhadado caballero. Lleno de esta ilusión, casi espero oír el son del cuerno tocado de lo alto de sus albacaras, o asomar algún gigante para guardar el puente, y aparecer algún otro caballero, que ayudado de su nigromante, venga a desencantar aquel desventurado. Lo más singular es, que esta ilusión tiene aquí su poco de verosimilitud, pues sin contar otras aplicaciones, el castillo ha salido todo de las entrañas del cerro que ocupa.

A poca distancia de sus muros, y a la parte de oeste, se ve la tenebrosa caverna de donde se sacaron todos sus sillares, y cuya negra boca, que respira al mediodía, pone grima a cualquiera que se le acerca. Yo he reconocido gran parte de ella; está minada en diferentes galerías, más o menos espaciosas, y de mucha, pero no conocida extensión, por más que el vulgo crea comunica de una parte al mar y de otra a la ciudad. Por estas galerías se puede dar la descripción de lo más interior del cerro hasta una cierta profundidad. Compónese por la mayor parte de grandes y espesas tongadas de *marés* o asperón, echadas horizontalmente a diferentes alturas, alternadas y cortadas por otras capas de piedras rodadas, sueltas en arena o marga, ya roja, ya blanquecina, con mezcla de greda, arena o tierra caliza, pero unas y otras de menos espesor. Sobre todas ellas, y sobre la boca misma de la gruta, se ve la tongada de grandes conchas, de que ya hablé a usted, y sobre esta capa superior del cerro, que es una piedra compuesta de varias materias, en que predomina la arena, con no poca apariencia de lava, y no sin indicios de haber estado en fusión. En algunas partes esta piedra aparece en forma escoriosa; en otras, no sólo agujereada por insectos marinos, sino también llena de concreciones, con que se descubren algunos petrificados o impresos univalvos, y que creo ser de los que llaman *barrenas*. Las cortaduras de las laderas del bosque descubren tongadas de las materias primero dichas, y en lo hondo de sus cañadas aparecen a trechos capas de piedras angulosas de diferentes materias y tamaños, que parecen venidas aderrumbadas de lo alto.

Lo que llaman aquí *marés* es una piedra areniza o asperón de grano grueso, y no sin mezcla de materias y cuerpos extraños. Es blanda en su lecho, y tan blanda, que recién sacada se asierra cual si fuese un leño, y labra con instrumentos fáciles. De ella se construyen casi todas las obras del país llano de la isla, y de ella se construyó el castillo; y las galerías de la cantera de do salió, algunas de las cuales corren por bajo de sus cimientos, indican a un mismo tiempo la dirección de sus tongadas y el lugar que ocuparon los sillares. Otros indicios confirman que todo el núcleo del cerro es de las materias ya dichas, pues que las capas de conchas, pudines, margas, etc., aparecen a la misma altura en las laderas de los cerros vecinos, y hasta las rocas de asperón que se descubren a las orillas del mar indican que esta materia continúa aquí hasta su nivel. Yo no sabré combinar estas varias observaciones con ninguno de los sistemas geológicos que han pretendido establecer Buffon, Lametherie, Lamarche y Patrin; por eso me he

contentado con indicar los hechos, dejando a otros delirar, si quieren, sobre sus consecuencias.

La superficie del bosque ofrece observaciones menos aventuradas. Es de una tierra mixta, cuya pequeña capa se compone de granos arenosos, con mezcla de marga y greda y de moléculas vegetales, resultantes aquéllos del detrimento de la roca superior, y éstas de la recomposición periódica de tantas plantas como ha producido. Mas la tierra primitiva, que aparece a trechos en las hendiduras de la misma roca, es de color rojo subido, y cual si en algún tiempo hubiese sufrido la acción del fuego, toda su apariencia es de tierra de montaña u óxido rojo de hierro, pero yo no sé si efectivamente lo fue.

La extensión del término del castillo, regulada por el ruedo que ocupa, será como de tres cuartos de legua de circunferencia. Por el mediodía tocaba en otro tiempo en el mar; hoy, ocupada su orilla por el nuevo lazareto y otros edificios más modernos, linda en el camino que pasa ante ellos, y como éste corre a este oeste desde la ciudad a Portopí, castillo de San Carlos, Calamayor y villa de Andraitx, y sirve además de paseo, se ve de continuo transitado. Las cañadas que recogen las aguas de la altura coronada por el castillo limitan su término por lo restante del sur y por todo el norte, y las cercas de algunas heredades particulares por el este y oeste.

Por toda esta gran superficie el espinazo de asperón asoma acá y allá a la estrecha capa, o más bien costra de tierra que la cubre, y, sin embargo, está en incesante producción de vegetales. No ha mucho tiempo que la adornaba un bosque espesísimo de pinaretes que en la mayor parte ha desaparecido a mi vista por las causas que apuntaré después. Vense aún en ella no pocos algarrobos, y sus frondosas ramas, de un verde fresco y brillante, campean entre las capas amarillentas de los pocos pinaretes que han quedado, cuyos troncos, deformes y torcidos por la desigualdad y escaso fondo del suelo en que nacen, por el ímpetu de los vientos que los azotan de continuo, por el descuido con que se los deja crecer y la torpeza con que se los poda, y en fin, por los frecuentes insultos de hombres y bestias, aparecen pobres y desnudos, y más que a la hermosura, concurren ya a la fealdad y tristeza del bosque.

Pero las grandes causas de su despoblación son de muy otra naturaleza. Desde luego, contándose los despojos de su poda entre los derechos del gobernador del castillo, mientras la moderación de alguno respetó los árboles como propiedad pública fiada a su cuidado, la codicia de otro sólo trató de despojarlos, hasta reducir la copa de los pinaretes a un pequeño hopo en la cima. Agrégase a esto los insultos de los extraños, que en un país escaso de leñas, en un bosque situado entre una comarca pobre y una ciudad populosa, no podían ser ni pequeños ni raros. Con todo, su antigua espesura era tal, que daba, como suele decirse, para todo y para todos; esto es, para el uso legítimo y para el abuso. Para acabar con ella fue menester que éste llegase a su término, y así sucedió.

Dios ha querido reservarme para ser testigo de esta desolación. Ya en la penúltima guerra con Inglaterra y Rusia, la necesidad de renovar las estacadas de la plaza y sus castillos había obligado a hacer aquí una corta considerable; y como a la sombra de estos objetos de bien público suele esconderse algún interés privado, y éste es tan ansioso de aumentar

sus usurpaciones como diestro en cohonestarlas, la corta, según dicen, pasó mucho más allá de la exigencia. Pero ya fuese por la grande espesura del arbolado, ya por el tino y precaución de la entresaca, el exceso se hizo menos visible. Mas después acá, perdido ya el miedo a las consecuencias, el abuso continuó sin miramiento ni medida. Va para cuatro años que oigo todos los días y casi a todas horas los golpes de hacha desoladora resonar por las alturas, laderas y hondonadas del bosque. Nuevas y grandes estacadas añadidas recientemente a las obras de la plaza, exigiendo nuevas y grandes cortas, dieron pretexto a muchos y más escandalosos excesos. Las cortas continuaron aún después de satisfecho su objeto principal; poco a poco se van viniendo al suelo los pinaretes que por pequeños se habían reservado, y el bosque, aclarado por todas partes, se abrió por fin a los rayos del sol, que no pudieron penetrarle en tantos siglos.

Por fortuna su suelo no producía sólo pinaretes; además de los algarrobos, nacen espontáneamente por las faldas del cerro, y singularmente en toda la parte que mira al oeste, un increíble número de acebuches, que crecen con gran fuerza, pero de los cuales hasta ahora no se ha defendido, limpiado, trasplantado ni injertado uno solo, para que diesen, como pudieran, muchas y excelentes olivas. Y aún son pocos los algarrobos que recibieron aquí este beneficio, con ser tantos los que nacen por todas partes y su fruto tan precioso.

Pero si se trata de otras plantas y yerbas, por lo que dejo dicho de las que lleva el castillo, ya inferirá usted cuánta será la fecundidad de su término. Domina entre todas el lentisco, que en grandes y frondosas matas, por cuyo solo nombre es aquí conocido, brota a la par de los árboles indígenas, y da mucha y excelente leña para hogares y chimeneas, así como la dan para el consumo de los hornos las tres estepas, una especie de genista, llamada *bosch*, que es una retama fina, y otras matas, a todas las cuales distinguen con el nombre genérico de *garriga*. Abunda aquí sobremanera el gamón, que coronado al febrero de una hermosa piña de blancas flores, cubre todo el bosque y le adorna, hasta que al otoño sus altos y erguidos vástagos se cortan para hacer pajuelas, las únicas que se usan en el país con nombre de *lluquets*. Abundan también varias plantas olorosas, como tomillo y romero, hacia las faldas del cerro, y cantueso por todas partes. Éste se conoce por el nombre de *garlanda*, y su violada y fragante flor por el de flor de San Marcos, sin duda porque en la fiesta de este santo, titular del castillo, es cogida con ansia por los que vienen a ella de la ciudad. El número y variedad de otras plantas parece increíble, si se atiende a la pobreza de un suelo tan peñascoso. Crece con fuerza en las faldas del cerro y en los altos y orillas de las sendas la sanguinaria con sus hermosos copitos de terciopelo blanco. Hay tres o cuatro variedades de la centaurea, otras tantas del geranio, y entre ellas el moscatum; son comunes las anagalis, los dos sedos, mayor y menor, las dos achicorias, aquí *camarrotges*, dulce y amarga, el espárrago espinoso y la digital purpúrea, la buglosa con su flor celeste, y la cinoglosa, que la tiene rosada. Crece también por las cercas la doradilla, en los huecos de las peñas la rara y saludable polígala, y en la cañada del mediodía el más raro aún hipericón, que Linneo llama *ballarico*, con sus flores jaldes y sus hojitas horadadas. En fin, tal es la muchedumbre y tantas las variedades de estas y otras plantas, que si algún sabio botánico se diese a describirlas, pudiera formar una flora bellvérica harto rica y digna de la atención de los amantes de esta ciencia encantadora.

Ahora bien, aunque usted considere tales productos sin otro respecto que el adorno que añaden al ruedo del castillo en medio de su extrañeza y rusticidad, ¿dejará de formar una muy favorable idea de su hermosura, cuanto más si reflexiona que la benignidad del clima hace que muchas de las plantas nombradas sean perpetuas, y que otras, como el cantueso, tomillo, euforbio, etc., aunque algo marchitas al fin del estío, conserven toda su hoja y a las primeras aguas del otoño reverdezcan y cobren su antigua lozanía, mientras que las pocas que perecen del todo, apenas sienten la primera humedad del rocío, cuando brotan de nuevo, sin dejar jamás a este suelo en aquella larga pausa de vegetación que hace en otros tan hórrido el invierno?

Ni necesita esperar la primavera para verse lleno de flores. Desde los principios de octubre asoma a cubrirle la llamada flor de invierno, muy parecida a la del azafrán, que sin tallo, rama ni hoja, despliega a flor de tierra sobre un tierno pedúnculo sus seis petalos de hermoso color de lila. Acompañanla gran número de pequeños lirios blancos, muy parecidos al jazmín y de su tamaño, y también las flores de la jabonera, de un morado tirante a azul, que son tan tempranas como de corta vida. Siguen las del cantueso, de violado claro, para durar casi todo el año; las del talespi, formadas de pequeñísimos flósculos blancos, y las amarillas y celestes de las achicorias. Viene luego el gallardo gladiolo, aquí *clavell de moro*, de muy ardiente color carmesí, y luego un bellissimo orchis, que yo llamaría especular, porque la abejita que nace sobre su flor tiene la espalda de un gracioso color de acero tan brillante, que refleja la luz con su marco de finísima pelusa de terciopelo musgo; hasta que al fin, desvolviéndose toda la gala de la primavera, se ve la verde alfombra que cubre el cerro, matizada con tanta y tan rica variedad de colores y formas, que no se puede pisar sin el delicioso sentimiento que la bella y exuberante naturaleza excita, ni contemplarla sin levantar el espíritu hacia la inagotable bondad de su divino Autor.

De lo dicho inferirá usted fácilmente que este término no será menos rico en pastos, y con efecto, entre tanta muchedumbre de hermosas plantas, crece y amorchigua con el mayor vigor la numerosa plebe de las gramíneas, trifolios y demás yerbas pratenses, que nunca faltan en las cañadas, y sólo se agostan en los altos en la fuerza del estío. Esta abundancia se debe a la de los rocíos que proporciona la vecindad del mar, la cual además hace estas yerbas muy sabrosas y preciadas por los pastores vecinos. Pero si uno o dos rebaños de ovejas, abonando el suelo, las aumenta tanto como las disfruta, tres o cuatro de voraces cabras asuelan con su diente venenoso hasta las plantas que las protegen. Los tiernos pinaretes, acebuches, algarrobos y lentiscos son devorados al nacer por este animal destructor, tan enemigo del arbolado como del cultivo; y viniendo alguna vez en pos de él los puercos con su hocico minador, todo lo talan y apuran, hasta la esperanza de su reproducción. Así es como mientras el cielo duerme, la codicia vela y se apresura a consumir la total ruina de un bosque que, bien cuidado y defendido, pudiera recobrar todavía su antigua riqueza y hermosura.

Desde la primavera era en otro tiempo muy frecuentado en los días festivos, en que el pueblo palmesano venía a gozar en él las dulzuras de la estación y a solazarse y merendar entre sus árboles. Extremadamente aficionado a esta inocente diversión, a que da el nombre de *pan-caritat* (3), se le veía llenar y hermohear el cerro, esparcido acá y allá en

diferentes grupos, en que familias numerosas, con sus amigos y allegados, trincando, corriendo, riendo y gritando, pasaban alegremente la tarde y a veces todo el día. Y como la juventud haga siempre el primer papel en estos inocentes desahogos, allí es donde se la veía bullir y derramarse por toda la espesura, llenándola de movimiento y alegre algazara, para abandonarla después a su ordinaria y taciturna soledad. ¡Cuántas veces he gozado yo de tan agradable espectáculo, mirándole complacido desde mi alta atalaya! Pero estos inocentes y fáciles placeres, tan ardientemente apetecidos como sencillamente gozados por todo un pueblo alegre y laborioso, le fueron al fin robados, y desaparecieron con los árboles a cuya sombra los buscaba.

Yo no sé si alguna particular providencia quiso agravar mi infortunio, contemplando a mis ojos el horror de esta soledad; sé, sí, que al paso que caían los árboles y huían las sombras del bosque, le iban abandonando poco a poco sus inocentes y antiguos moradores. No ha mucho tiempo que se criaba en él toda especie de caza menor, que como contada entre los derechos del Gobierno, y por lo mismo poco perseguida, crecía en libertad, y además se aumentaba con la que acosada en los montes vecinos, buscaba aquí un asilo. Abundaban sobre todo los conejos, cuya colonia, domiciliada aquí por don Jaime el Segundo, se había aumentado a par de su natural fecundidad. Solíalos yo ver con frecuencia al caer de la tarde salir de sus hondas madrigueras, saltar entre las matas y pacer seguros en la fresca yerba a la dudosa luz del crepúsculo. Criábanse también muchas liebres, y alguna, al atravesar yo por la espesura, pasó como una flecha ante mis pies, huyendo medrosa de su misma sombra. El ronco cacareo de la perdiz se oía aquí a todas horas, ¡y cuántas veces su violento y repentino vuelo no me anunció que escondía sus polluelos al abrigo de los lentiscos! Desde que la aurora rayaba, una muchedumbre de calandrias, jilgueros, verderones y otros pajarillos salía a llenar el bosque de movimiento y armonía, bullendo por todas partes, picoteando en insectos y ñores, cantando, saltando de rama en rama, volando a las distantes aguas y volviendo a buscar su abrigo so las copas de los árboles, y tal vez esconder en ellas el fruto de su ternura; y mientras la bandada de zancudos chorlitos, rodeando velozmente la falda y laderas del cerro, los asustaba con sus trémulos silbidos, el tímido ruiñón, que esperaba la escasa luz para cantar sus amores, rompía con dulces gorjeos el silencio y las sombras de la noche, y enviaba desde la hondonada el eco de sus tiernos suspiros a resonar en torno de estos torreones solitarios. Usted comprenderá sin que yo se lo diga, cuánto consolarían este desierto tan agradables e inocentes objetos; pero todos le van ya desamparando poco a poco, todos desaparecen, y sintiendo conmigo su desolación, todos emigran a los bosques vecinos, y abandonan una patria infeliz, que ya no les puede dar abrigo ni alimento, mientras que yo, desterrado también de la mía, quedo aquí solo para sentir su ausencia y destino, y veo desplomarse sobre el mío todo el horror y tristeza de esta soledad.

¡Qué mucho, pues, que la abandonen los hombres! No echaré yo menos, por cierto, aquellos que, duros e insensibles, alguna vez subían a este cerro para turbar la paz y la dicha de estos seres bien inocentes, y que hallando un bárbaro placer en la muerte y la destrucción, ya los sobresaltaban con el súbito ladrido de sus perros, ya los hacían caer sin vida al tiro de sus armas insidiosas, o ya más crueles, aprisionándolos en sus redes, los privaban de la compañía y libertad, que les eran más caras que la vida. Pero ¿cómo no echaré menos el espectáculo de un pueblo laborioso y pacífico, que de cuando en cuando

subía a reposar aquí de sus fatigas, y a gozar a la sombra de los árboles y entre tan sencillos objetos un placer puro y sin remordimiento?

¡Ah!, ¡con cuánta pena no observo ya desde esta atalaya, que si alguna vez la costumbre trae una que otra familia a estos antes amados lugares, se la ve volver triste y atónita, hallando yermas y desnudas las escenas que antes hermoseaba la naturaleza con sus galas y encantaba el amor con sus ilusiones! Su maldición cae entonces sobre sus bárbaros devastadores, y acudiendo a la estéril venganza de los débiles, los condena al ceño de sus contemporáneos y a la execración de la posteridad. A sus quejas responde mi alma afligida, y jamás oye resonar la segur sobre estos árboles, que no exclame, con el tierno cantor de los jardines:

*...Un ingrat possesseur
Sans besoin, sans remords, les libre a la cognée.
Ils mewrent: de ces lieux s'exilent pour toujours
La douce rêverie et les discrets amours!*

Al norte, y a tiro de fusil del castillo, está el almacén de pólvora de la plaza; es un edificio de ciento cincuenta pies de largo sobre cincuenta de ancho, bien cerrado y defendido con un buen pararrayo, con su cuerpo de guardia para un oficial y doce o quince hombres, todo bien construido, pero a mi juicio mal situado el almacén por la cercanía del castillo, que sin duda perecerá en una explosión casual, y el cuerpo de guardia por la del almacén, de que apenas dista diez varas, teniendo además la puerta, ventana y dos chimeneas hacia él. Y he aquí los únicos edificios del recinto, si ya no se cuenta por tal la casa yerma de la *Joana*, que está al lado de su límite meridional.

Dase este nombre a una cueva excavada en la peña, pero cerrada de pared, con su puerta y ventana y pozo al exterior, su habitación alta y baja, su horno, su cocina y otras piezas dentro; todo ruinoso, abandonado y aun detestado. La tradición vulgar dice que moró en ella no ha mucho tiempo la *Joana*, grande hechicera, que en vida solía convertirse en gato y tomar otras formas a su placer, y que ahora su sombra se complace de visitarla de tanto en tanto. Esto se dice; dos higueras, que yo he visto plantadas o casualmente nacidas cerca de su puerta, pueden haber confirmado esta vulgaridad, pues su fruto, aunque de buena apariencia, se avanece y pudre sin llegar a sazonar, sin duda por hallarse estas plantas en una umbría y estar del todo descuidadas. No obstante, los simples pastores y cabreros del bosque cuentan y creen que cierto canónigo antojadizo murió de haberlos comido; y he aquí la ridícula historia forjada sobre el abandono de esta casilla, que probablemente no tuvo otra causa que la esterilidad y fragosidad del terreno inmediato, destinado antes al cultivo, de que aún hay indicios. Sea lo que fuere, la fuerza de la superstición la hace mirar con horror, y aleja de ella pastores y ganados, por más que ofrezca algún pasto y un abrigo seguro contra la inclemencia. ¡Notable prueba de su poder, cuando no le vencen el interés ni la necesidad!

Sirven también al adorno del sitio de Bellver diferentes alquerías y casas de campo situadas en sus confines, las cuales, bien plantadas y cultivadas, completan la escena, y hacen agradable contraste con el agreste desaliño del cerro. A la parte del este se halla el

predio de *son Armadans*, cuyas cercas forman por el oeste el lindero oriental de Bellver, mientras por el norte y sur confinan con dos caminos que bajan a la ciudad. A la del norte se ven los de *son Dureta* y *sa Taulera* (4), cuyos vastos términos corta por la espalda el torrente, que corriendo oeste este por una frondosísima cañada, lleva las aguas recogidas de diversas y distantes alturas al puente de *San Maxí*, do desemboca en el mar. Al oeste el término de la *Taulera* toca y se mezcla con los hermosos valles de *son Berga*, que recogiendo otra gran copia de aguas de los altos montes, que vierten al áspero camino de *Bendinat*, las introducen en las cañadas de Bellver, formando su límite por sudoeste norte sur, y saliendo después a cortar el de Portopí y caer al mar entre los pequeños predios litorales de Carbomari y el *Terrén*. En las laderas y altura del otro lado de esta cañada se ven los graciosos predios del *Retiro*, *son Vich*, *son Gual* y *sa Cova*, cuyos términos son mejor conocidos por el general y más digno nombre de la *Bonanova*. Detenerme a describir tantos objetos, o extenderme a otros que se descubren en sus cercanías, fuera salir demasiado de mi propósito. Bástame decir que se ven tan graciosamente distribuidos en torno de Bellver, tan felizmente situado cada uno, y formando todos un conjunto tan vario y tan bien poblado, plantado y cultivado, que, por más que se observe, jamás la vista apura sus gracias ni se cansa de verlas.

Pero sobre todo (y con esto voy a concluir), ninguna vecindad honra más, ninguna recomienda ni alegra tanto los términos de Bellver como el santuario de la Bonanova, que da su nombre al confín de que hablé últimamente. Situado al oeste de Palma, y a medio tiro de cañón del castillo y del mar, y dedicado a la Virgen María, es, por decirlo así, el Begoña o el Contrueces de los mareantes mallorquines. Apenas éstos han emprendido o acabado alguna de sus pequeñas expediciones, cuando la familia del patrón o de los marineros viene en romería a Bonanova, donde, a vueltas de la devoción, pasa allí alegremente un día entero o una tarde. Ni esta devoción inflama sólo a los navegantes, sino que se extiende a todo el pueblo de Palma y sus contornos, cuyas familias acostumbran asimismo visitar la ermita en algunos días del año; mas cuando llega el del santo y dulcísimo Nombre de María, bien puedo decir que he gozado ya tres veces, aunque de lejos, del más tierno espectáculo; porque entonces se despuebla la ciudad y los campos vecinos para venir a celebrarle en su pequeño y gracioso templo. Lumbradas y bailes al son de la gaita y tamboril anuncian desde la noche anterior la solemnidad preparada, y el primer rayo del siguiente día halla ya cubiertos los senderos del bosque y las demás avenidas de la ermita de un inmenso gentío que viene a la fiesta, y a gozar de camino de la diversión que ofrece su concurrencia. Porque ésta aquí, como sucede en muchas partes, es una de las solemnes ocasiones en que la devoción se hermana admirablemente con el regocijo de los pueblos, y santifica, si se me permite esta expresión, el placer y alegría de los corazones sencillos e inocentes. Los concurrentes, después de hacer sus preces y satisfacer su primera curiosidad, se derraman por todo el recinto del santuario a ver, a ser vistos y a saludarse y tratarse entre sí; pero al acercarse el mediodía se dividen en grupos, y cada uno se separa y toma la situación que desea o que puede para comer y sestar. No hay algarrobo por allí, no hay olivo ni almendro que no abrigue una familia contra los rayos del sol equinoccial, ni familia, por pobre que sea, que no pueda a su sombra cantar alegre, con el Horacio español:

A mí una pobrecilla
mesa de amable paz bien abastada
me basta, y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.

Entrar y salir en la ermita, charlar, correr, bailar o ver los bailes, llevan el resto de la tarde; el más señalado de ellos se tiene en el porche de la cercana casa de *son Gual*, bellísima quinta de la excelentísima señora marquesa viuda de Solleric, que la edificó, así como la nueva ermita, y que en este día admite y regala con generosidad a las personas de la nobleza que vienen a la fiesta, y acoge además en sus umbrales al pueblo que acude a solazarse ante ellos.

En toda la tarde y por todas partes reina el más vivo y al mismo tiempo el más pacífico y honesto regocijo. Que también en esto es señalado y laudable el buen pueblo mallorquín, pues, que manifestando en sus diversiones la alegría más exaltada y bulliciosa, nunca o rarísima vez da en ellas aquellos ejemplos de desacato, disolución y discordia, que por desgracia turban y hacen amargas las de algunos otros países. A la de este día convida también, y en gran manera la realza, la hermosura del sitio, porque es frondoso, elevado y pintoresco, con la magnífica vista de la bahía a una parte, y a otra la de la rica y hermosa campiña, sobre la cual descuella el castillo de Bellver, haciendo en ella muy distinguido papel. Algún día, si quiere Dios, subiendo a su alto homenaje, describiré yo a usted esta grande escena tal cual desde allí se descubre. Por hoy basta lo dicho para que usted forme idea de uno de sus principales objetos, que por muchas circunstancias es tan digno de la atención de los que saben pensar, como está olvidado de las almas corvas y vulgares.

1. Santañí es una de las villas de esta isla, señalada por sus canteras de un asperón finísimo, que se emplea en las obras de mayor consideración, y del cual se han construido la Catedral, la Lonja y otros nobles edificios de esta ciudad. He leído también que don Alonso V de Aragón la hizo llevar a Nápoles, y la empleó en la magnífica fortaleza de Castelnovo, que construyó en aquel reino

2. Una peste, que cundía por Cataluña y Valencia en 1394, trajo a Mallorca la corte de Aragón. El rey, la reina, las infantas, con gran número de damas, barones y caballeros, se embarcaron en Barcelona para preservarse de aquel azote. Una recia tormenta dispersó las galeras; pudo arribar a Sóller la del rey; desembarcó, vínose a Buñola, y pasando luego al palacio de Valldemusa, envió a inquirir la suerte de las restantes naos. Sabido que hubo que la galera de la reina estaba en la bahía de Palma, se vino al castillo de Bellver y llamó a él toda su corte. La salubridad y hermosura de la situación, la abundancia de caza y la comodidad del edificio determinaron sin duda esta elección. Pasaron aquí ocho días, esto es, desde el 21 al 28 de julio, en alegrías y diversiones. Bajaron luego, e hicieron su entrada solemne en Palma, donde fueron recibidos con la mayor ostentación. Hubo para cortejarlos torneos, justas, saraos y todas las alegrías propias de aquel tiempo y conformes al gusto de los reyes. Pero la conducta insolente de la gente menuda que seguía la corte produjo tanto disgusto en la ciudad, que hubieron de volverse a Bellver, do prolongaron su residencia y pasatiempos, hasta que en 28 de

noviembre volvieron a embarcarse en Portopí, dejando a Mallorca con el dolor de que tantas demostraciones y gastos como hiciera en obsequio de aquellos soberanos no bastasen a templar su desagrado, ni a evitar otras consecuencias que no son de este lugar y de que acaso se dirá algo en el apéndice. Mut, lib. VII, cap. 6, da noticia de este suceso; pero consta más pormenor en algunos diarios de aquel tiempo, de que tal vez se hablará en el apéndice.

3. *Pan caritat*. Como este nombre es tan ajeno de su significado, puso alerta mi curiosidad, siempre propensa a subir por el origen de las palabras al conocimiento de las cosas. Meditando, pues, sobre él, sospeché que la costumbre a que se refiere podía ser un resto de aquellos convites religiosos que los antiguos cristianos, para estrechar su mutua caridad, celebraban con el nombre de *ágapes* después de recibido el pan eucarístico, pareciéndome muy verosímil que en esta ocasión se ejercitase más particularmente la caridad distribuyendo pan a los amigos o menesterosos.

Pero habiendo oído después que el caballero Fournas, capitán del regimiento infantería de Borbón, opinaba que esta costumbre podía venir de las *charistías* de que habla Valerio Máximo (lib. II, cap. 1), examiné con mayor cuidado la materia y me persuadí de que la opinión de este erudito era más acertada y digna de adoptarse por las siguientes razones:

1.^a El texto de Valerio dice: «Instituyeron también los antiguos un convite solemne, con nombre de *charistía*, al cual sólo asistían los parientes y allegados, para que si entre ellos se hubiesen suscitado algunos resentimientos, se acordasen en medio de la piadosas ceremonias de la mesa y con la mediación de tan buenos conciliadores.» Hasta aquí va conforme con la romana la costumbre mallorquina, pues que el *pan caritat* es un convite de familia, a que no asisten sino los que pertenecen a ella por parentesco o por muy estrecha amistad.

2.^a Pero un pasaje de Ovidio (lib. II de los *Fastos*) confirma también esta idea. Dice así:

*Proxima cognati dixere charistia cari,
Et venit ad socias turba propiqua dapes.*

Se ve por él que el nombre de *charistia* o *caristia* (pues de uno y otro modo se halla escrito en antiguos manuscritos) significaba caridad sólo en el sentido de afición o cariño, y aun la palabra griega *charistos*, de donde se derivó, significa obsequio, agasajo, generosidad, nacidos del mismo principio; y éste es precisamente el sentido que tiene esta palabra en *pan caritat*, esto es, pan o convite de cariño.

3.^a Estos convites se celebraban el 8 de las kalendas de marzo (o 25 de abril), según el calendario de Constantino, que por lo mismo llama a este día *dies epularum*. Y aunque los de Mallorca no convienen en el día, convienen a lo menos en la estación, pues se celebran por Pascua de Resurrección. Y el no tener día señalado paréceme a mí que nace de la interposición de la Cuaresma, que es tiempo poco a propósito para tales fiestas.

4.^a Paréceme también que se puede aplicar al *pan caritat* una reflexión de Ovidio sobre las caristías, y es que las hacía más agradables en Roma la circunstancia de suceder a ciertas ceremonias funerales:

*Scilicet a tumulis, et qui periere propinquis,
Protinus ad vivos ora referre juvat.*

¿No se podrá decir también que el salir de un tiempo de tristeza y penitencia, cual es la Cuaresma, realza considerablemente la alegría del *pan caritat* en Mallorca? El hecho responde.

5.^a Es preciso ocurrir al reparo que alguno tendrá en que esta costumbre venga de tan alto origen, y que desde la dominación romana haya podido pasar hasta nosotros por medio de la de los godos y árabes, y a pesar de tanta diferencia de genios, usos y ritos. A esto diré que ya se suponga el Cristianismo introducido en Mallorca bajo la dominación romana, como es muy probable, o que le introdujesen los godos, no repugna que esta costumbre, así como otras muchas, modificada, y por decirlo así, cristianizada, se hubiese conservado aquí. Y diré también que de ningún modo repugna que la adoptasen los árabes, porque la historia acredita que todo pueblo vencedor, establecido en sus conquistas, adopta fácilmente las costumbres del pueblo vencido cuando no son contrarias a su carácter. Y por ventura ¿hay carácter a quien repugnen las fiestas en que sólo se trata de comer, beber y divertirse?

Los que opinen que el estudio de la etimología es muy importante para averiguar los orígenes de los usos y aun de las opiniones de los pueblos, no me culparán de que me haya detenido en describir el de *pan caritat*.

4. *Sa, Son, Can*. Este modo de intitular los predios o quintas de Mallorca debe parecer a usted tan extraño como a mí, y por lo mismo le comunicaré las conjeturas que he formado acerca de él.

Tres palabras preceden a estos títulos: primero, *sa*, a los que se toman del lugar en que está situado el predio, siendo de género femenino, como *sa Taulera*, *sa Cova*; segundo, *son*, y tercero, *can*, a los que se tomaron del apellido de sus primeros o antiguos dueños, como son *Dureta*, *son Armadans*, o como *can Virella*, *can Deyá*.

En cuanto al primero no cabe duda en que es un artículo femenino, equivalente al *la* castellano, y que *sa taulera*, *sa cova*, vale tanto como *la tejera*, *la cueva*. Tampoco hay duda en que es de origen latino, y que, así como el artículo *la* viene del pronombre *illa*, el mallorquín *sa*, se formó del pronombre *ipsa*, corrompiéndose la pronunciación de uno y otro, al mismo tiempo que se convertían de pronombres demostrativos que eran, en simples artículos. La prueba de esto es que para indicar títulos de género masculino se emplea en vez del *el* castellano, el artículo es mallorquín, diciendo *es terrén*, *es paredó*, por *el terreno*, *el paredón*, así como se dice en el dialecto de la isla *sa ma*, *sa cama*, por *la mano*, *la pierna*, y *es bras*, *es peu*, por *el brazo*, *el pie*.

De aquí he colegido yo que *son* es también un artículo de la misma significación y origen, con la diferencia de haberse formado sobre la terminación neutra *ipsum*; y esta diferencia pudo venir de que el título a que precede es un apellido, a la que le dio la

terminación, neutra, como propia de los adjetivos sustantivos. Pudo venir también de la misma terminación en acusativo, en el que es común al masculino y al neutro, y que lo que hoy se dice *son Dureta, son veri*, antes se dijese *ad ipsum Dureta, ad ipsum veri o verinum*.

No se puede atribuir igual origen a la partícula *can*, aunque derivada también del latín; pues que a mi ver no es otra cosa que un síncope de la palabra *casam*. He observado que esta partícula precede más bien al título de pequeños que de grandes predios, e inferido que en lo antiguo se aplicó sola a una pequeña casa rústica. Puede probar esto el que en algunos no se dice *can*, sino *cas*, como *cas gayans, cas canonge*, y en el plural se usa frecuentemente de la palabra latina entera, como *sas casas de Génova, sas casas de can Trau*. Ni se extrañe la terminación de acusativo *casam*, porque en el latín de la media edad era muy frecuente decir *ad casam, vel ad casas del N*.

Como quiera que sea, en el día, así está como las otras partículas se usan ya en calidad de simples artículos

.